

## QUE LA IGLESIA SE HAGA CORAZON

### El Misterio del Corazón de Jesús y la dirección espiritual de pastores actuales o futuros

El título de este trabajo retoma el vehemente deseo que nació en mí al concluir el anterior estudio sobre el Misterio del Corazón de Jesús y el sacerdocio ministerial: "*Unus Christus amans Patrem*"<sup>1</sup>.

La carencia actual de formadores en los seminarios latinoamericanos nos llama a un esfuerzo de reflexión y profundización, a una toma de conciencia de valores perennes en la Iglesia. Junto a esa crisis está la enfermedad del mundo contemporáneo, a la que se podría diagnosticar como sensismo o sensualismo o sensacionalismo, que ha enfriado el corazón y lo ha inmovilizado con el vicio de la acedia, para captar la hermosura del misterio de Dios y de la libertad del hombre.

Nadie desconoce que el tema del Corazón de Jesús ha pretendido ser sepultado tanto por el clima árido y unidimensional del mundo secularizado como por una corriente influyente de la teología católica actual que ha presentado como inaceptable la teología tradicional y como necesario partir de nuevo de la Biblia interpretada a lo Bultmann y de los signos de los tiempos. Tampoco se nos ocultan las ásperas discusiones acerca del binomio "dirección espiritual", cuyo abandono (incluyendo el de la misma confesión) ha sido visto como liberación de una metodología arcaica, de tipo intimista y negadora del aspecto comunitario de la Iglesia.

Mi intención es la de hacer comprender la necesidad de un guía en el camino hacia la consecución de aquella hermosura interior que requiere el cristiano y la Iglesia para transmitirla al mundo y a todas sus realidades.

La tarea no es fácil. Nos enfrentamos a tres desafíos grandiosos, que sólo puedo situar aquí en sus términos más comunes. El primero es la acusación de *sentimentalismo* dirigida a la vida católica, en América Latina por los exponentes de una vida sin drama ni dinamismo, de otras latitudes. Tendríamos que hallar los medios para superar la manipulación por el ridículo que se hace de las devociones y emociones en la vida del pueblo católico a nivel de algunos teólogos e incluso de ciertos pastores latinoamericanos inficionados de iluminismo como reacción al calvinismo. El segundo desafío es la acusación de *naturalismo*. Habría que encontrar las sendas para salir de una concepción menospreciadora del cuerpo humano y exaltadora

---

1. Cfr. *Medellín*, X (1984), pp. 55-74.

de lo científico, que sólo considera al corazón como un músculo más. El tercer desafío corresponde a la dirección espiritual a la que se cargan todas las culpas del estancamiento espiritual de individuos y comunidades a causa de la confusión de los términos, como si "dirección" fuera sinónimo de "manejo" y "espiritual" se opusiera a real, total, integral.

Como resulta muy evidente no puedo yo resolver toda esa compleja problemática. Permanezco voluntariamente en un solo aspecto de la cuestión para tratar de darle una solución nueva y tradicional al mismo tiempo. Deseo unir dos aspectos de la teología, aparentemente alejados: la cristología y la teología espiritual, en el sentido estricto de la expresión (ascética y mística que equivale a la antigua "teología mística"). Planteo así el problema: ¿en qué sentido el Corazón de Jesús es el fundamento de la dirección espiritual?

No excluyo de ningún modo otras posibles soluciones al interrogante, pero me coloco a propósito en la perspectiva de una lectura tradicional de la Escritura, es decir, una lectura en la que primero es Cristo y la Iglesia y después los métodos exegéticos. Me explico: estoy convencido que el sentido del misterio de Cristo no se obtiene mediante el uso de métodos científicos, aunque éstos pueden ayudar profundamente a interpretar los textos<sup>2</sup>.

Antes de introducir el tema propiamente dicho, voy a explicar el método con el cual procederé. En una primera parte expondré lo que me parece ser la belleza o hermosura del Corazón de Jesús en su vida terrestre y de resucitado, a partir de la Escritura y de la vida de la Iglesia. Intentaré luego, en la segunda parte, un análisis teológico de la situación del corazón humano, visto con los ojos de la fe. Por último, buscaré vincular estos temas con los sacramentos cristianos, en especial de la Reconciliación por su estrecho ligamen con la dirección espiritual, a fin de sacar conclusiones teológicas y pastorales orientadas hacia la dirección espiritual de pastores actuales o futuros, según este principio o presupuesto: la conciencia personal o autoconciencia de si mismo pasa a través del corazón y necesita de la experiencia de Jesús<sup>3</sup>.

## I. LA BELLEZA DEL CORAZON DE CRISTO

Este tema se halla relacionado con varios tópicos, de los cuales haré mención previa aquí, en vista de ulteriores estudios o ampliaciones. Como introito quiero afirmar que hace falta volver a encontrar la belleza del Verbo Encarnado, para no reducir lo religioso a lo ético y descalificar lo estético. ¿Por qué comenzar

---

2. Cfr. MEJIA, J., *A christian view of Bible interpretation*, in "Studies in Judaism and Christianity. Bible studies". New York, 1980, pp. 45-72.

3. Cfr. SANTAGADA, O., *El sacerdote, hombre reconciliado y penitente. La confesión de los sacerdotes*, Bogotá, 1984. Ver CC MM 70-71, p. 401-419.

siempre negando lo hermoso? ¿Por qué caer en la falsa y rígida alternativa: o lo ético o lo estético? ¿Por qué desconocer autenticidad a uno de los miembros del dilema? No podemos eliminarlos o yuxtaponerlos. Es preciso recoger lo que en lo ético y lo estético sirva para nuestra visión de fe cristiana. La misma teología ha quedado empobrecida por falta del elemento estético. Cuando hablamos de Dios con soltura somos capaces de plantear su ser, su verdad, su bondad, pero rara vez aparece tratada o predicada su belleza. Si bien es cierto que los Padres apologetas de los primeros siglos consideraron el atributo de la belleza de Dios a partir de *Sb* 13:5 y de otros textos (*Si* 39:16; 43:11; *Qo* 3:11; *Sal* 49:2; 89:17 y 95:5-6).

El hombre de fe, cada creyente auténtico, tiene un contacto vivo con la hermosura de Dios y, por la Gracia, su corazón es plasmado "a imagen y semejanza" de esa hermosura, que hace exclamar a san Agustín en palabras de oración: "¡Oh Belleza siempre antigua y siempre nueva, que tarde te he amado. Tu estabas dentro y yo esta fuera, privado de hermosura, buscándote en las cosas hermosas que creaste!"<sup>4</sup>. En este sentido cada hombre posee una cierta "gloria" por ser creatura nacida de la Gloria de Dios. Es la gloria de su dignidad. Esto nos hará comprender mejor la observación que sigue.

En segundo término, conviene decir algo sobre la tarea de descubrir la hermosura de Dios. No es fácil descubrir esa belleza del Señor revelado, ya que El mismo quiso encubrir su "gloria" a nuestros ojos limitados, y eso casi necesariamente para no quedar deslumbrados o engeguados por tanta luz. En su forma exterior, y de modo singular en la hora de su pasión, Cristo aceptó el misterio de la *kenosis* o anonadamiento, dejando durante su vida mortal la gloria que le pertenecía como propia. Pero aún asumiendo esa *kenosis* conscientemente no pudo dejar El de manifestar en su vida la transparencia de su corazón unido al Verbo de Dios por la unión hipostática, y poseyendo el conocimiento beatífico e infuso en la "fina punta del alma", así como el conocimiento de su propia experiencia de *homo viator*.

La tercera observación está referida al valor mismo de la belleza. El concepto de belleza está estrechamente vinculado al término *kosmos*. Es lindo, es hermoso el mundo cuando está ordenado y en donde todas las cosas tienen su "medida". Así los griegos llamaron al mundo: *cosmos*, es decir, lo bello. Los latinos, de modo semejante lo denominaron *mundus*, o sea, lo limpio, lo puro. Para la concepción griega la belleza habrá que buscarla en el ornamento de las cosas. Para la concepción latina, en la pureza de las cosas, vale decir, en su verdad lisa y llana, sin encubrimientos. Pero, en ambos casos, belleza y orden se dan la mano<sup>5</sup>. El racionalismo de la Ilustración europea convirtió al mundo en algo "serio", cuya expresión característica es la "lectura" y su forma es la ética, los negocios, la laboriosidad externa, la ocupación o "business". El domingo también está "ocupado" y ya no es *sabbat*, descanso. Por el contrario, el pueblo latinoamericano en su gran mayoría ha mantenido otra visión del mundo, más cercana a lo griego. El mundo es lindo, es bello y vale la pena "cantar" su belleza y contemplarlo con buen humor. Es el mun-

---

4. S. AGUSTIN, *Confesiones*, Libro X, cap. 27, n. 38.

5. Cfr. SASSE, H., *Kosmos*, en GLNT (Kittel), V. col. 880.

do es lindo, es bello y vale la pena "cantar" su belleza y contemplarlo con buen humor. Es el mundo del ocio, donde a pesar de la pobreza "seguimos cantando", como me decía un paisano santiagueño ante los lamentos que escuchaba de labios de los hombres de la gran ciudad, enojados por esta segunda crisis mundial de la economía. En este modelo el único valor no es la eficiencia del trabajo, sino el tiempo de la celebración, del encuentro humano, y de la fiesta. El domingo es día de ocio completo: un *sabbat* como quiso Dios y como renovó Cristo resucitado. Chesterton, cansado de tanto racionalismo anglosajón, intentó redescubrir la importancia del buen humor para vivir como hombres verdaderos, lo que bien mirado pertenece a la tradición de los santos de la Iglesia, con Santo Tomás Moro como ejemplo del ámbito cultural de aquel escritor.

Todo esto es de importancia capital para la Iglesia, pues no podemos volvernos al pasado barroco salteándonos los valores que posee el Iluminismo, ni tampoco podemos aceptar en bloque todo ese Iluminismo, olvidando los grandes valores de nuestra tradición medieval y barroca. Puebla indicó que era necesario una "nueva síntesis" para el momento presente. (N. 393 y 448).

### 1. La hermosura de Cristo

El Nuevo Testamento usa específicamente dos palabras para el concepto de belleza: *'asteios* (en lat.: *formosus*) aplicada sólo a Moisés en *Hch* 7:20 y *Hb* 11:23; y *'ooraïos* (en lat.: *speciosus*) aplicada por Jesús a los sepulcros (*Mt* 23:27) y en *Hch* 3:2 a una de las puertas de Jerusalén, así como Pablo en *Rm* 10:15 para calificar los pies de los mensajeros del Evangelio (en cita de *Is* 52:7). Sin embargo, la palabra empleada para el bien (*kalos*, en lat. *bonum*) puede significar asimismo bello, y en este sentido toda la vida de Jesús es belleza según el discurso de Pedro en casa de Cornelio (cfr. *Hch* 10:38).

Los textos que me parecen más significativos en este punto son los de *Col* 1:15 y *2 Co* 4:4 (cfr. también *Rm* 8:29): Cristo es "imagen de Dios invisible". Cristo es el ícono del misterio inefable de Dios, y por lo tanto, de su belleza. No se trata, como es obvio, de adjudicar a Cristo una hermosura exterior, que para los creyentes de todos los tiempos, para la religiosidad popular cristiana no ha necesitado demostración de nadie, como testimonio la iconografía a través de los siglos. Y de hecho, paradójicamente, el arte barroco, para citar un ejemplo, logró sus obras más cabales en la representación de Jesús destrozado por el dolor. El ícono visible del Dios invisible posee la hermosura, porque en él "reside toda la plenitud" (*Col* 1:19). Así es legítimo aplicar a Cristo todos los términos que indican los frutos del amor de Dios y que de algún modo nos permiten encontrar en él algo más que la belleza perecedera y limitada de nuestra raza e historia, si no lo que permanece para siempre: la sobreabundancia, la preponderancia, la prioridad, la primacía en todo. Pablo recurre a las "medidas" de lo arquitectónico y del arte en general para expresar esta plenitud: "Que Cristo viva en vuestros corazones por la fe... Así podréis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo" (*Ef* 3:17-18). Todas las "medidas"

se equilibran y compaginan en la realidad de Cristo, en un orden y un dinamismo que da a su ser y a su acción una belleza manifestada en la capacidad de atraer a todo hacia sí. San Juan lo afirma con claridad cuando nos ofrece la palabra de Jesús que sintetiza toda su carrera: "Cuando yo sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (*Jn* 13:32).

La "plenitud" de Jesús es su santidad, "de la cual todo hemos recibido... la gracia y la verdad" (*Jn* 1:16-17). El es el nuevo Adán de la nueva creación (Cfr. *Rm* 5:12ss; *1 Co* 15 passim) en el que resplandece la pureza del "hombre nuevo, creado según Dios en la justicia y la santidad de la verdad" (*Ef* 4:24). En Jesús, la humanidad readquiere la facultad magnífica de mirar al mundo con ojos limpios. Ya no sólo el mundo es *cosmos*, sino que la mirada de Cristo lo hermosea más. ¡Y cuánto más aún a nosotros, que lo esperamos como "Luz venida de lo alto" (*Lc* 1:78), "Luz verdadera que ilumina a todo hombre" (*Jn* 1:9)! Los grandes místicos, como santa Teresa de Avila y san Juan de la Cruz, han sabido decir con acentos irrepetibles este misterio de la belleza de Jesús que baña de hermosura a todo lo que es mirado por él<sup>6</sup>.

Es mi firme convicción que cuando hablamos del Corazón de Jesús nos referimos primeramente a un símbolo de su santidad perfecta, en la cual consiste su primordial belleza, ya que él jamás pecó (Cfr. *Hb* 4:15). El Corazón de Jesús es el ícono de la santidad divina y en este sentido el corazón es el principal símbolo de la belleza de Jesús. El corazón o la persona de Jesús es, en su integridad, hermosa. Junto a este simbolismo de la santidad, el Corazón de Jesús posee otros simbolismos que conviene desarrollar para ir pintando lentamente este cuadro de su hermosura.

## 2. La hermosura del Corazón de Jesús en su vida terrena

El corazón ha sido usado principalmente como símbolo del amor de Cristo. Ese amor se nos manifestó sobre todo en tres elementos que configuran la hermosura del Corazón de Jesús según los Evangelios:

- a) El primer rasgo es que Jesús es un "limpio de corazón", de tal modo que la bienaventuranza de *Mt* 5:8 le toca antes que a nadie a él mismo, cuyo nombre es hermoso (*St* 2:7). A Jesús no le afecta que las hermosas piedras del Templo (Cfr. *Lc* 21:5) sean convertidas en polvo, sino que los corazones de la gente se endurezcan y no sean capaces de dar testimonio de la salvación, cuando venga la prueba. Admira los lirios del campo y las aves del cielo (*Mt* 6:26,29), para indicar enseguida que lo que importa es prestar atención a la santidad (la justicia del Reino), que se va gestando en nuestra vida.

---

6. "Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura, y, yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de su hermosura" (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, 5, n. 4; 11, n. 6-10).

El Corazón de Jesús es hermoso, porque “ve a Dios”. En el misterio del Verbo Encarnado se da la experiencia de la naturaleza humana de Jesús que simultáneamente peregrina y posee: Jesús es *homo viator et possessor*. Por la visión beatífica, la que tienen los santos del cielo, Jesús ve a Dios en su misterio trinitario y es plenificado de belleza interior por esta contemplación. Sólo que libremente acepta que esa visión (en lat. *species*) no se manifieste radiantemente hasta que no se haya cumplido su obra y sea glorificado después de la Resurrección.

- b) El segundo rasgo es que Jesús tiene “alma de pobre” y se hace obediente como un niño en los brazos de su madre (*Sal* 130:2). Todo el Evangelio es un testimonio múltiple del cariño del Corazón de Jesús por su Padre, por los niños, los pecadores, los enfermos, las multitudes, los discípulos. Podría expresarse esto diciendo que el Corazón de Jesús posee la belleza de un alma infantil siendo a la vez la más madura, especialmente por su experiencia del dolor. Su vida le permite darnos la consigna que hoy conocemos como camino de la infancia espiritual, sobre todo por el ejemplo de santa Teresa de Lisieux: “Os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los cielos. Y el que recibe a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe” (*Mt* 18:3-5; cfr. *Mt* 19:14).

El Corazón de Jesús se manifiesta en la pequeñez y en la sencillez del hijo, del amigo, del maestro que hace tan cautivamente la experiencia del diálogo con él, como vemos en la entrevista de Nicodemo, la conversación con la Samaritana, la mirada a Pedro.

- c) “Limpio de corazón”, “pobre de espíritu”, el Corazón de Jesús posee un tercer rasgo que lo hace hermoso. No hay en él segundas intenciones que destruyen las relaciones entre los hombres. Es un Corazón sin doblez, sin engaños, fiel. Por eso, san Pablo aconsejando a Timoteo le dirá que “Jesús dio el hermoso testimonio ante Poncio Pilato” (*1 Tm* 6:13). Este testimonio no es otro que el de la verdad (cfr. *Jn* 18:37) y por eso Jesús puede recibir el título magnífico de “testigo fiel” (*Ap* 1:5).

Estos son, pues, los tres elementos de la vida terrena de Jesús, que hacen de su Corazón un símbolo del *amor hermoso* (cfr. *Si* 24:24): la limpieza del Corazón, la pobreza del espíritu y el hermoso testimonio de fidelidad.

### 3. La hermosura del Corazón de Jesús en su muerte

Si el Corazón en Jesús es símbolo de santidad y de amor, también es cierto que es símbolo de sufrimiento y de muerte. Las imágenes devotas del Corazón de Jesús que provienen de los siglos XVIII y XIX nos han presentado un tipo de arte preciosista que hoy satisface a pocos. El barroco, en cambio, se dedicó a darnos unas imágenes de la Pasión de Jesús, signadas por lo no-hermoso, de modo que resaltara lo repulsivo de la cruz, la infamia del martirio, el desfiguramiento del cuerpo humano,

en una palabra, todo el asco y la repugnancia, el dolor y la tristeza que se siente ante el escándalo de la muerte de Jesús. Las imágenes no son feas, sino que pintan al Jesús servidor en la hora de la cruz, cuando él, inocente, asumió la fealdad de todos los pecados. La Iglesia asumirá las palabras de Isaías para afirmar que ella conoció a Jesús sin la hermosura. Son palabras severas que aluden al tremendo drama de la pasión: "No hay en él *'eidos* ni *doxa*; le conocimos, pero no tenía *'eidos* ni *kallos*" (Is 53:2 c y d, cfr. 2 Co 5:16). Y también "tan desfigurado tenía su aspecto que no parecía hombre" (Is 52:14). Son estos textos de Is 52-53 (4º canto del Servidor de Yahvé) los que influyen para negarle a Jesús la belleza humana<sup>7</sup>.

Todas las profecías del Servidor de Yahvé tienen aquí su lugar. Y, sin embargo, del Corazón de Jesús al borde de la muerte brotan las palabras que una vez más nos indican su hermosura interior: "Padre, en tus manos entrego mi Espíritu" (Lc 23:46). Jesús devuelve al Padre el Espíritu que lo acompañó desde su concepción hasta su muerte, para que sea entregado a los que por su muerte son salvados. En el momento supremo, aparece como signo de hermosura la generosidad del buen Pastor.

También las otras palabras de Jesús en la cruz manifiestan lo mismo. Incluso las del Sal 21:1, que han sido interpretadas equivocadamente como si el Padre abandonase a su Hijo en la hora decisiva, expresan más bien la confianza absoluta de Jesús en su Padre y cómo su corazón torturado sólo tenía fuerzas para recitar el salmo del pobre desgarrado que es salvado para alabar a Dios en medio de sus hermanos. La ignominia descrita en ese salmo (vv. 7-9) no concierne a la persona de Jesús sino exclusivamente a su pasión.

Por eso, toda la tradición católica ha visto en el costado abierto de Jesús el nacimiento de la Iglesia, como una nueva Eva salida del costado del nuevo Adán durmiente.

Todo el dolor humano y todos los sufrimientos tienen cabida en el Corazón de Jesús. Su experiencia le permite comprender lo que significa padecer y morir. Mucho más que cualquiera de nosotros, pues por su inocencia no estaba sometido a la muerte, sino que la aceptó como un acto libre de su Corazón, para hacerse "sacrificio por el pecado" (*hattah*) de toda la humanidad (Cfr. 2 Co 5:21).

#### 4. La hermosura del Corazón de Jesús en su resurrección

Pero el corazón es asimismo un símbolo de la vida y la fecundidad, como se hace evidente en el caso de Jesús. La tradición ha visto en el agua y la sangre que brotan del costado abierto por la lanza (Jn 19:34b) la prefiguración de los sacramentos del Bautismo y la Eucaristía, que son precisamente los signos de la fecundidad de la Iglesia. En efecto, por el Bautismo engendra ella a sus hijos para la fe en Cristo Jesús, y por la Eucaristía los nutre para que vivan en el Señor.

La hermosura del Corazón de Jesús después de su resurrección nos queda de manifiesto desde varias perspectivas: él trae la "paz" a sus "discípulos", su primer saludo es la inauguración del tiempo de "alegría", su regalo es el don del Espíritu Santo, su mandato está referido al perdón de los pecados. Pero hay dos escenas

---

7. Cf. BERTRAM, G., *Kalos*, en GLNT (Kittel), V, col. 488s.

evangélicas en las que considero más visible, por así decirlo, esa hermosura. Una es la proclamación de fe de Tomás después de haber colocado su mano en el costado: "Señor mío y Dios mío" (*Jn* 20:28). Otra es la rehabilitación de Pedro para confiarle su Iglesia (*Jn* 21:15-17).

La profesión de Tomás reconoce a Cristo el "señorío", es decir, aquella capacidad de dominio sobre sí mismo o, sobre las cosas y sobre la creación que correspondía al hombre desde el origen, pero que sólo vuelve a obtener Jesús por el misterio de su pasión y de su cruz. Jesús es el "Señor" del cósmos. Es el que pone la medida y el orden a toda la creación. En ese sentido Jesús por su resurrección devuelve la hermosura al mundo. Lo canta la Liturgia de la Pascua cuando se refiere a la resurrección como el Día que hizo el Señor (*Sal* 117-24).

La rehabilitación de Pedro se hace en un contexto en que Jesús puede con perfecta libertad hablar al corifeo de sus apóstoles sobre el amor. Para ser pastor de las ovejas hay que ser capaz de amar *más*, como el mismo Jesús quedó constituido buen pastor no por su discurso, sino por su cruz en la cual "se entregó a sí mismo por la Iglesia" (*Ef* 5:25). Pedro sabe ahora que "él es un pobre pecador", no porque llene su red de peces al obedecer a Jesús (*Cfr. Lc* 5:11), sino porque ha experimentado hasta las lágrimas lo que significa la traición y el perdón. Pedro, que había merecido uno de los macarismos evangélicos, porque el Padre le había revelado que ese Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo (*Cfr. Mt* 16:13-19), tiene que hacer también su Pascua de dolor y debe profesar su fe y su amor en el Señor Resucitado. Llegará el tiempo en que deberá completar aún su Pascua por el martirio, pero la Iglesia necesitaba saber que la "piedra" sobre la que está fundada es capaz de un amor más grande.

El Corazón de Jesús va dejando todas las realidades hermoeadas: casi podría decirse que no hay momento de su vida que no esté signado por una belleza interior y una manifestación exterior de aquella.

### 5. La hermosura de la Iglesia en Pentecostés

Sólo falta un simbolismo de Corazón de Jesús: es el más típico y el menos natural del los simbolismos. Se trata del fruto de su Misterio Pascual. Jesús quiere que su Iglesia sea hermosa y sabe que para ello únicamente el Espíritu Santo puede realizarlo. Por eso, envía desde el Padre al Espíritu de amor sobre los Apóstoles y la Virgen María reunidos en el cenáculo a la espera de que se cumplieran los días de Pentecostés (*Cfr. Hch* 1:14 y 2:1-13). Con el Espíritu de Jesús, la fe de cada uno queda transformada en una luz y una forma hermosa que no pueden hacer otra cosa sino irradiarse. Sólo el que se identifica por la Fe y los sacramentos con Jesús, puede comprender este misterio escondido de su Corazón. Es un Corazón abierto para entregar el Espíritu Santo vivificante, como dicen los símbolos de la fe católica.

Hasta el Día de su venida, el Corazón de Jesús querrá que esa Iglesia sea una manifestación de su hermosura, la que el Padre le devuelve después de su *Kenosis* y que voluntariamente había dejado de lado durante los días de su obra entre los hombres.

## II. LA SITUACION DEL CORAZON HUMANO

### 1. *Desarmonía y fealdad del corazón humano*

Si contemplamos ahora algunos aspectos actuales de la vida de la Iglesia y los cristianos con rapidez notaremos que:

- “muchos afean con numerosas manchas y arrugas el rostro materno, que en sí mismo reflejan;
- “no todos los cristianos brillan por la santidad de las costumbres, a la que por vocación de Dios están llamados;
- “no todos los pecadores que en mala hora abandonaron la casa paterna, han vuelto a ella, para vestirse de nuevo con el vestido precioso (*Lc 15:22*) y recibir el anillo, símbolo de fidelidad para con el Esposo del alma”<sup>8</sup>.

Pero hay más elementos en este cuadro:

- “languidece la fe de los buenos y por el falaz atractivo de los bienes terrenales decrece en sus almas, y poco a poco se apaga, el fuego de la caridad de Dios”, y
- aumentan las maquinaciones de los impíos que parecen incitados por el enemigo infernal en su odio implacable y declarado contra Dios, contra la Iglesia y contra el Vicario del amor de Cristo<sup>9</sup>.

Ya Jesús lo había profetizado, cuando en el discurso escatológico nos dijo: “Y al crecer cada vez más la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará: (*Mt 24:12*).

Los últimos textos del Magisterio de la Iglesia poseen numerosas indicaciones de todo lo que afea a la Iglesia en estos momentos, y muchas sugerencias y llamados a la conversión para dar mayores señas de la misericordia y de la justicia de Dios que brilla en nuestra propia santidad.

Por otra parte, todos lo sabemos por experiencia propia: hay en cada persona una desarmonía interior, consecuencia del pecado original, que tironea el alma y la desfigura. La fealdad primaria es el pecado. Y por eso, la fealdad del corazón humano consiste principalmente en la falta de Luz interior y en el desinterés por la forma exterior de la santidad.

Pero es importante tener presente que el catolicismo siempre ha defendido

---

8. Cfr. PIO XII, En *Haurietis aquas*, 15 de Mayo de 1956, n. 33.

9. Cfr. IDEM, *ibid.*

a la naturaleza humana contra la concepción destrucccionista del protestantismo. Concebimos la naturaleza humana como *herida* y no destruida por el pecado original. Si está herida, puede curarse, sanarse. Y esa es la gran tarea de la Iglesia. Como a una vasija de oro o plata ennegrecida por el tiempo que le devuelve el brillo, así debe hacer la Iglesia para sacar el barro que cubre nuestro corazón.

## 2. Vergüenza interior por la falta de hermosura

Cada corazón humano siente como un dolor y una vergüenza privada por no tener un corazón puro, hermoso y transparente. El clima de segundas intenciones, de cálculos meramente interesados, de manipulación de las libertades ajenas, van haciendo al corazón opaco, impermeable a los rayos de la luz. La obstinación en el propio encierro, el abandono del sacramento de la reconciliación van provocando en el corazón humano un frío y un alejamiento de su centro. Así asistimos a la pérdida de la propia conciencia y de la propia identidad. Y entonces, por añadidura, se pierde la voluntad para que vaya resaltando la hermosura de la Iglesia y del mundo, como si los resortes intelectuales de la persona hubieran quedado para siempre herrumbrados o dañados.

Sin embargo, ya sería un paso grande sentir aquella vergüenza de la que hablamos. Sería como el inicio de la conversión que Dios envía a un corazón para volver a su hermosura primigenia.

Aquí aparece la gran tarea de toda la Iglesia y de cada cristiano en particular. Consiste en buscar incansablemente la hermosura del Corazón de Jesús en el propio corazón. Hay que proceder a un trabajo de limpieza de toda clase de escombros y malezas. Sobre las ruinas interiores, puede uno descubrir nuevamente la imagen y semejanza grabada en el corazón y confirmada por el Bautismo. En cada corazón convertido es posible hallar las huellas del Corazón de Jesús. Más aún, por la belleza del corazón humano identificado a Cristo pasa también el encuentro con el Señor de muchos que aún no lo conocen o habiéndolo conocido se alejaron de él, a causa de los malos ejemplos de toda índole vistos en la vida de los creyentes.

No se trata de captar algunos de los valores exteriores para ver si están en consonancia con mi belleza interior. Sino de encontrar la belleza de Dios en mi pobre corazón humano, como tenemos ejemplo supremo en el Corazón de María que "escuchó la Palabra de Dios y la cumplió" (Lc 8:21).

## 3. Necesidad de luz y forma

¿Dónde encontrará la persona humana la hermosura que necesita? ¿Dónde hallará el cristiano su belleza esencial? No hace falta mucho discrimen para darnos cuenta que toda esa hermosura, signó la vida de Jesús y es ratificada ahora que reina como Señor del universo. Cada uno de nosotros necesita aquella ar-

monía interior que nos hace hermosos *desde dentro hacia afuera*. Esa armonía puede llamarse apropiadamente “decoro”, aunque el vocablo sea poco usado hoy en día. Pero expresa literalmente algo muy profundo: *decoro* viene de *decor* (en latín) que significa sacar fuera (de) lo que está en el corazón (cor). En este sentido afirma san Pablo que el cristiano puede gloriarse de lo que está en el corazón (cfr. 2 Co 5:12). Muchos santos y santas carecieron de belleza exterior, pero en todos ellos la fuerza de su santidad, de su armonía interior, redundaba en beneficio de su forma exterior, y provocaba como una atracción o encantamiento en los que tuvieron la experiencia de su conversación.

Para esta armonía interior que permite iniciar la transformación del ambiente de este mundo se requieren dos elementos fundamentales: el uno es la luz, pues sin luz no puede admirarse la belleza; el otro es la forma vital, pues sin ella no puede captarse lo bello. La luz que necesitamos es la que proviene de Dios, fuente inagotable de la verdadera luz. Esa expansión de la luz divina tiene como dos efectos: por un lado, nos hace capaces de *ver* la realidad y no dejamos seducir por las apariencias; por otro, nos hace divisar aquello que ni siquiera imaginábamos, como dice santa Teresa del rayo de luz solar que atraviesa un vaso con agua purísima y sin embargo observamos por la luz todo el polvo suspendido en el agua. Lo mismo sucede con la persona: por la luz de la Gracia ve su propia realidad, pero sin soberbia se da cuenta que tiene mucho que caminar aún para encontrar aquella transparencia que es el fruto conjunto de una libertad santificada y del don sobreabundante de Dios. La forma necesaria, la que junto con la luz establece nuestra hermosura, está manifestada en el orden y la medida con las cuales se manifiesta nuestro dinamismo. No es un puro orden por el orden mismo. No es una medida para encerrarnos en nosotros mismos. Es el orden de las virtudes, según el cual nadie puede poseer una virtud si no posee las demás. De tal modo están vinculadas las virtudes en un orden de santidad. Ese orden de santidad tiene como presupuesto la sobreabundancia del Don del Espíritu Santo y el *pleroma* o plenitud de Cristo Jesús. Al mismo tiempo, no podemos engañarnos acerca del don: es inextinguible en Dios, pero lo recibimos según una cierta medida de distribución, como nos enseña san Pablo (1 Co 12:4-11). Lo importante es que nuestra libertad sea ayudada a orientarse siempre al provecho común, al bien en todas sus posibilidades.

Lo que acabo de decir es muy importante para comprender cómo la gracia del Espíritu Santo de ningún modo aniquila el poder de nuestra libertad, ni tampoco nunca se sustituye a ella. Lo maravilloso de la gente “linda”, como se dice, es que en su existencia podemos contemplar de qué manera sus acciones sobrepasan todo lo que era dable imaginar o esperar de sus comunes capacidades. De modo que al dejarse inundar por la luz de Cristo, el cristiano lejos de quedarse dormido en un pasivismo o una indiferencia fastidiosa, recupera la posibilidad y la potencia de su libertad espiritual. Así la luz de Dios y la libertad humana establecen el ámbito de esta hermosura que admiramos en el Corazón de Jesús y que es preciso adquirir en el nuestro, a semejanza suya.

Lo que sí interesa recalcar es que a través de esta hermosura de la santidad nuestra, el Espíritu Santo habla al mundo y manifiesta la belleza misma de Dios Padre y Creador, el gozo inefable que se nos ha prometido, del cual ya disfruta plenamente como primera creatura de nuestra raza humana, junto a Cristo Resucitado, la santísima Virgen María.

Hay también belleza en la distribución que Dios hace de su luz. Corresponde a una medida conforme a nuestra esencial característica de ser personas históricas y comunitarias. Cada uno recibe del Señor el poder de establecerse en la Iglesia y a lo largo de su historia según aquellos dones que beneficien más al Cuerpo de Cristo. La importancia de esto resalta enseguida, frente a quienes pretenden reducir todo a su propia medida. El don de Dios no puede ser reducido, ni la abundancia de los carismas que siembra en su Iglesia.

#### *4. Nostalgia del corazón de niños*

La aceptación de la luz de Dios y la recuperación de toda la fuerza de la propia libertad, lejos de ensoberbecernos nos hacen sencillos, simples, y devuelven al corazón aquella capacidad de admiración propia de la infancia. El cristiano que vive su armonía interior, igual que Jesús, se despreocupa de sus propias inclinaciones, para actuar con fidelidad a las exigencias del amor de Dios Padre y al mismo tiempo para saber abandonarse a su Voluntad. Sabemos que mientras vivimos en esta situación de peregrinos esa Voluntad consiste en identificarnos al Corazón traspasado de su Hijo, aceptando y asumiendo la cruz en nuestras vidas.

No debe extrañar pues que muchos niños santos, como testimonia la historia de la Iglesia, hayan querido ir a dar su vida para anunciar el misterio de Dios. Querían exponerse, es decir, ponerse fuera, delante de los demás, ponerse sin el miedo por conservar algo como si fuese propio, ponerse a manifestar la hermosura de su corazón. Algunos no sólo lo quisieron, sino que recibieron de Dios el don del martirio, como santa María Teresa Goretti y otros.

¿Qué significa este deseo de dar la vida, sino la tremenda realidad del Corazón de Jesús en el monte de los olivos? Jesús acepta expiar por los demás. Su sacrificio es expiator en el sentido más preciso de la palabra: causa de salvación para todos (Cfr. *Hb* 5:7-9 y *passim*). Solamente un corazón que no se preocupa por "cuidarse" es capaz de asumir este desafío de la cruz y el dolor. Y así, sucede paradójicamente que mientras por dentro se sufre, la forma externa, primero rebelada, luego serenada, permanece en alegría espiritual.

#### *5. Ansia de armonía y de belleza*

Así el corazón humano, alentado por la hermosura del Corazón de Jesús sale

de su acedia, de su languidez, de su torpor, de su opacidad en busca del brillo, el dinamismo, la actividad, la profundidad y la madurez que permite vernos a nosotros y a todos en su propia verdad. Todas las fealdades del hombre, no podrán quitarle esa aspiración de belleza que existe en su corazón, pero en estado de dopamiento. Julien Green en su novela "*Chaque homme dans sa nuit*" lo sintetiza bien cuando dice: cada hombre marcha a través de su noche hacia su propia luz.

Es un ansia no solamente de belleza, sino también de verdad, de bien y de unidad. La hermosura del corazón, como símbolo de toda la persona y sus posibilidades, debe compaginarse con el amor por la verdad, el deseo de comunión y la búsqueda de lo que es bueno, justo y recto para sí y para los demás.

Si existe desarmonía interior en nosotros, también se da —en la medida en que no hayamos taponado nuestra conciencia— una aspiración de armonía, aunque se manifieste en una frase tan común como: "*Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre*" (Lc 15:7).

El hombre contemporáneo vive demasiado sumergido en sus sensaciones y está como ciego. Pero puede surgir en él, por la hermosura de los creyentes, el deseo de "volver a la casa" para recibir el vestido hermoso, que no debería haber hecho trizas. La hermosura de los creyentes consiste precisamente en manifestarse mansos y humildes de corazón como Jesús. A un mundo ennegrecido por la soberbia y el ofuscamiento estamos llamados a darle la medida y el orden de la humildad y la serenidad. Eso sólo se encuentra en la escuela del Corazón de Cristo.

Eso nos corresponde analizar ahora: ¿cómo se realiza esta pedagogía del Corazón de Jesús? ¿Cómo adquirir esa armonía interior en nuestro caminar de cristianos? Y, sobre todo, ¿cómo poseerla nosotros los que por la ordenación sagrada estamos puestos como "espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres" (1 Co 4:9)?

### III. TAREAS DE LA DIRECCION ESPIRITUAL

Todo creyente y especialmente los ministros sagrados por ser servidores de la comunidad cristiana están llamados a no claudicar en el desafío de hacer nuestro corazón semejante al Corazón de Jesús. Normalmente debería ser así: que la hermosura del Corazón de Cristo se haga transparente a través de la hermosura de nuestro corazón sin pliegues.

#### 1. De feos a transparentes

En la escuela del Corazón de Jesús debe fundarse toda la acción de la Iglesia por instaurar en las personas, las familias y en la sociedad humana el fuego de la caridad de Dios<sup>10</sup>.

10. Cfr. PIO XII, *Haurietis aquas*, *ibid*, n. 36.

Esa escuela, por la larga experiencia de la Iglesia, se hace en la compañía de los otros creyentes. La Iglesia no es una comunidad de selectos que buscan cada cual su propia nirvana. Es, por el Bautismo, una familia y un pueblo en los cuales estamos involucrados cada uno con los demás en relaciones culturales e históricas. Como Jesús con los Apóstoles, ha habido siempre en la Iglesia maestros y discípulos. Sería triste que sólo encontráramos profesores y alumnos. El discipulado es una categoría profundamente valiosa que debemos recuperar. Y con ese discipulado recobrar también los sentidos humanos atrofiados en el sensismo o sensualismo contemporáneo para hacer que puedan percibir nuevamente la hermosura del Corazón de Dios. Mis ojos, oídos, mi corazón deben poder contemplar, escuchar y admirar la belleza del misterio del amor de Dios, manifestado en el servicio de Jesús.

Se conoce una frase que santo Domingo Savio, a la sazón adolescente, dirigió a su maestro san Juan Bosco. Habló así el muchacho: "Yo soy la tela. Usted es el sastre. Le ruego me ayude a hacer con esta tela un vestido hermoso para Dios". Que es lo mismo que decir: ¡ayúdeme a hacer de mi vida una vida hermosa en el Señor! En el estilo salesiano, donde la dirección espiritual se hace por el confesionario y la educación, Don Bosco logró lo que Domingo le pedía, beneficiándolo en su persona y al mismo tiempo al Cuerpo de Cristo entero.

La pedagogía del Corazón de Jesús comienza por este deseo de que la Iglesia sea hermosa. San Pablo nos lo dice con palabras espléndidas: "*Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola mediante el Baño del agua, en virtud de la Palabra, y para presentársela a sí mismo (como una Iglesia) resplandeciente sin mancha ni arruga ni nada parecido, sino santa e inmaculada*" (Ef 5:25-27). Esa Iglesia resplandeciente se obtiene por la fe, por los sacramentos y por la vivencia de las virtudes cristianas. Las manchas y las arrugas de la Iglesia, en una palabra lo que afea al Cuerpo de Cristo, es *el pecado*, la única real fealdad del hombre. Tenemos que ser liberados del pecado y vivir en santidad. Recordemos que "en la soledad radical de la cruz, Jesús aceptó ser traspasado por la lanza del centurión, para que de la herida abierta se volcase sobre las fealdades del mundo el torrente inagotable de una misericordia que lava, purifica y renueva"<sup>11</sup>. Ese torrente no es otro que el de los Sacramentos que realizan ya ahora la salvación que se anuncia por la predicación. El modo normal para vivir en santidad proviene de una auténtica vida de fe y sacramentos, y de todo lo que hace referencia a ella. En ese sentido, es muy importante, como lo atestigua toda la tradición eclesiástica, la ayuda de un guía espiritual que nos evite los callejones sin salida y los descarriamientos. Pues el contenido de una vida de fe es tener conciencia de que somos hijos en camino de madurez. En cuanto hijos debemos crecer, madurar y dar frutos para el bien de todos, en la humilde condición de discípulo. Para ello necesitamos pedagogos en el conocimiento del arte de Dios. Pues no vivimos la fe por nuestra cuenta, sino en el encuentro y la vinculación de las personas.

La auténtica actitud del discípulo es la de obediencia. Sin obediencia no se consigue la hermosura interior, aunque aquella nos lleve a la cruz, como a Jesús

---

11. JUAN PABLO II, Homilía en el Policlínico Gemelli, el 28.VI.1984 en *L'Osservatore Romano*, ed. cast., XVI (1984), p. 497.

(Cfr. *Hb* 5:8; *Flp* 2:8). Esa obediencia brota también de la mesura y el orden que imprime la gracia en el corazón del convertido. Por eso, la dirección espiritual es, ante todo, una conducción hacia la vida según el Espíritu Santo en la obediencia a la Palabra de Dios, en la celebración de la Reconciliación y la Eucaristía, en la práctica cotidiana de la caridad. En efecto la llamamos *dirección* en función de la meta de identificación a Cristo, en la realidad de la vida cotidiana, y le decimos *espiritual* porque pertenece al dominio de la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. Esto ya nos dice con toda claridad que bajo este término de "dirección espiritual" no puede entenderse una manipulación de la libertad del creyente, sino por el contrario una ayuda a esa libertad, a través del encuentro personal, para que descubramos la santificación en nuestra vida mediante la Penitencia y la Eucaristía, la oración y la mortificación, la práctica de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Tampoco esta dirección espiritual suprime la responsabilidad, ni mecaniza la vida espiritual, ni es la culpable del individualismo en la Iglesia. La verdadera dirección espiritual es un encuentro personal, como una consecuencia del encuentro de la confesión, en el cual el pastor, escucha, cuestiona, ilumina, ayuda y comparte su propia experiencia en el camino de la cruz. No se puede ser buen guía si uno no conoce el camino y la aventura de ser cristiano en medio del mundo, de igual modo que no se puede ser buen confesor si uno no tiene la experiencia de haber abierto la profundidad de su corazón en una actitud penitente y confiada.

Desgraciadamente este tema pasa hoy por sobreentendido. Y es una equivocación. Por eso, hay que volver a ponerlo sobre el tapete para alumbrarlo con la riqueza de vida y cruz que posee la Iglesia. La dirección espiritual no es un método pre-conciliar, superado por la ciencia! No es una ayuda para elites, ni un pseudo psicoanálisis. Recurrimos a la dirección espiritual, según la pedagogía conciliar de pasar por el corazón del hombre para encontrar el Corazón de Dios, con el fin de recuperar nuestra transparencia frente a un testigo calificado ante quien nos exponemos a contarnos, a leerlos sin reservas, pese a la angustia que tal apertura supone. Por eso, *el* director espiritual es un testigo del descubrimiento que hacemos de nosotros mismos, de nuestra historia y de nuestra comunidad. No es posible ser tal testigo a menos de orar mucho para obtener la luz de Dios y caminar respetando el paso de los otros, como cuando un grupo asciende una montaña todos deben respetar el paso del guía que conoce los intrínquilos del sendero y el ritmo del paso para poder llegar sin fatiga a la cumbre y contemplar desde allí los valles y los lagos que yacen a nuestros pies. Por su parte, el dirigido acepta sumisamente la palabra de la verdad y mantiene la continuidad, la frecuencia y la perseverancia con su guía de la vida del Espíritu. Hace falta asimismo reconocer que los que necesitan esa dirección espiritual no son sólo los iniciados en la fe, los niños o los jóvenes: los adultos también y, mucho más los sacerdotes, tenemos necesidad de esta dirección espiritual para no caer en la superficialidad y la mediocridad y para crear, con belleza interior, el clima y el ambiente favorables para la vida del Espíritu en cada comunidad. ¿Cómo podríamos vencer las más peligrosas y persistentes tentaciones, sin manifestarlas íntegramente a un maestro del espíritu? Para poder aniquilarlas es preciso explicarse, es decir, dejar todos los pliegues (*plica*) de la conciencia donde se pueden esconder complacencias, amor propio y orgullo, así como excu-

sas de toda clase para dejar inmóvil al corazón. A semejanza de Jesús, el maestro interior es un hombre que sabe instruir, dirigir, reprender, consolar y alentar a sus discípulos<sup>12</sup>.

## 2. Una Gracia que re-crea

Vivir la vida según el Espíritu mediante el encuentro con un director espiritual no consiste en marginar lo que es esencialmente humano, sino al contrario, como expresa el Concilio de Trento, compaginar la libertad del hombre con la libertad de Dios. El Espíritu Santo saca a luz lo plenamente humano, y por lo tanto, nuestra belleza y nuestra vocación.

Los sacerdotes somos enviados a evangelizar. Para esta misión se requiere que sigamos a Jesús con libertad y sinceridad, sabiendo que en nuestro horizonte está siempre la cruz. De algún modo, nuestra vocación implica una identificación a lo esencial del ser sacerdotal de Cristo: su voluntad de expiación manifestada en la Eucaristía y en la Cruz. Es muy posible, entonces que de caminar solos podamos cansarnos y no llegar a la meta, contribuyendo lentamente a afear a la Iglesia, quienes estamos llamados a embellecerla día a día. No se trata de una búsqueda de perfección separada de la vida de la Iglesia: no existen santos así, ni siquiera entre los anacoretas del desierto. Se trata más bien de una voluntad deliberada de querer referir el propio corazón al Corazón de Jesús, en el cual encontramos la verdadera hermosura que conviene a la Iglesia.

El Espíritu Santo nos otorga un sentido de la fe y de la belleza del Dios, que cambia el rumbo de la existencia. La dirección espiritual nos permite encontrar las *medidas* del Corazón de Jesús y, de ese modo, discernir el estilo, los modelos, las inspiraciones que vamos a asumir en nuestra existencia configurada a Cristo.

Más aún, llamados como estamos a restañar las heridas de la Iglesia como buenos samaritanos, es preciso que tengamos el apoyo oportuno en los momentos en los cuales esas heridas aparecen en nosotros, de modo que no se pierda la alegría de la comunidad por el forcejeo del dolor.

La hermosura del Corazón de Jesús nos alienta a volver a nuestro corazón, a entrar en el santuario de nuestra conciencia más íntima, derribando a los falsos guardianes que nos impiden la entrada<sup>13</sup>. Debemos volver al corazón para sacarlo de su inmovilidad, de su enfriamiento, de su olvido de sí.

## 3. La hermosura del Corazón de Jesús transforma nuestra vida

El Corazón de Jesús es la realidad que nosotros debemos imitar. Sólo así logra-

---

12. Cfr. GARRIGOU-LAGRANGE, Reginald. *Las tres edades de la vida interior*. Buenos Aires, 1951, vol. 1, p. 295-303.

13. Cfr. KAFKA, Franz, *El proceso*.

mos la impronta de su belleza en nuestra propia persona. Hay que identificarse y conformarse a Cristo para ser "santos e inmaculados" (*Ef* 1:4; *Col* 1:22). La experiencia de humildad que presupone la práctica de la dirección espiritual, junto a la experiencia de la confesión de los pecados y la comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor son indispensables para hacer que la Iglesia llegue a ser según el Corazón de Jesús.

Una auténtica dirección espiritual conduce a centrar nuestra vida en la lógica sacramental del perdón y no de la actitud omnipotente. El Papa Juan Pablo II lo afirma con una expresión inolvidable: "De la potencia infinita propia de Dios, el Corazón de Jesús sólo conservó la potencia inerte del amor que perdona"<sup>14</sup>. Únicamente en esta escuela puede la Iglesia dar un testimonio creíble en el mundo contemporáneo, un testimonio que provoque la fe.

Por la sinceridad y la apertura del corazón volvemos a recibir esa gloria que nos pertenece por ser hijos de Dios. Por eso san Pablo puede exclamar: "Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu" (*2 Co* 3:18). ¡Es casi una exhortación al examen de conciencia! Paso a paso, a través del discernimiento espiritual nos volvemos "gloriosos", no según el modo del sensacionalismo, sino según la medida del amor. Un antiguo himno litúrgico latino expresaba esto de modo enigmático para nosotros: "De gloria in gloriam".

Esta transformación de nuestro interior en la hermosura del Corazón de Jesús se evidencia en la actitud de reparación por la Iglesia, según la palabra del Apóstol: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (*Col* 1:24; *Flp* 1:20). La dirección espiritual auténtica debe ir aumentando en cada uno de nosotros esas virtudes de humildad y paciencia para construir la vida del Espíritu en nosotros y en nuestras comunidades. Sabemos muy bien a dónde puede conducir la soberbia, el vicio capital que en su momento se llamó "vanagloria" con un término que hoy puede decir poco para nosotros. La vana-gloria o gloria inútil conduce al vacío, a la búsqueda del poder, a querer la fama, a encumbrarse tan alto como los ángeles caídos (Cfr. *Ga* 5:26).

Hay que prepararse, pues, para poseer un corazón capaz de compadecerse de las debilidades de todos, comenzando por las de uno mismo, así como el Corazón de Jesús se compadeció, como sumo pontífice de la nueva alianza, de las debilidades de todos (Cfr. *Hb* 4:15). Esa preparación comienza por establecer la exacta relación que hay entre confesión y dirección espiritual. ¿Cómo prevenir recaídas y defectos repetidos? ¿Cómo evitar la vanagloria y en la indiscreción? ¿Cómo comportarse en las situaciones de conflicto interior y aparente vacío?

---

14. Cfr. JUAN PABLO II, Discurso cit. en *ibid.*

#### 4. *Hacer amar la belleza de la Palabra, el Rito y la Caridad*

Todo lo que venimos diciendo acerca de esta apertura del corazón a un maestro espiritual, debe conducirnos a que se irradie y brille el rostro de la Iglesia inmaculada como quiere Cristo. Lentamente, por la obra del Espíritu, se hará realidad lo que afirma Pablo: "El mismo Dios que dijo 'Del seno de las tinieblas brilla la luz', ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo" (2 Co 4:6).

Es tal la confusión que reina en nuestra época que se necesitan miembros y ministros de la Iglesia capaces de sugerir, de modo genial, la medida exigida para dar un nuevo ordenamiento del mundo, que haga brillar la gloria de Dios para que la pueda aclamar no sólo los cielos, sino toda la humanidad (Cfr. Sal 18:2).

Eso sólo será posible cuando nuestros corazones comprendan cuál es la pedagogía y la prudencia de Dios, y eso se logra en la identificación con el Corazón de Jesús. A través de la pedagogía de filiación de la dirección espiritual verdadera encontraremos el modo de transmitir la luz del Señor y las formas debidas a todas las realidades de la existencia humana, a comenzar por las más cotidianas.

Corresponde a la dirección espiritual, y no meramente a las clases de algunos profesores, hacer amar las principales realidades de la Iglesia para que reluzca en ellas la belleza y la gloria del Señor. Me refiero a la Palabra, el Rito y la Caridad. Por Palabra entiendo toda la gama posible de anuncio del Evangelio, a través de la voz humana: desde una hermosa lectura bíblica en el templo hasta la predicación sacerdotal pasando por la belleza de la transmisión del kerygma a los incipientes o el catecismo a los ya bautizados. Hay en la Palabra el poder de conmover a los corazones. La misma palabra de la confesión es, de parte del ministro, palabra paterna al hijo que vuelve a la casa. El director espiritual pondrá esmero en volver continuamente a este valor de la Palabra de Dios para la vida de la Iglesia y ayudará al sacerdote a renovar continuamente su caudal de profundización del anuncio evangélico. La Palabra de Dios es el primer elemento, ya que a partir de su siembra en el corazón humano nacen los otros dos elementos que han de acompañar a la Palabra en la difusión universal de su anuncio.

El Rito, como algo perteneciente a la estructura íntima del hombre, se manifiesta en todas las celebraciones de la Iglesia, principalmente las de la Liturgia. Toca al director espiritual repasar la fidelidad y el amor con que se realizan tales gestos, para ver si su belleza es solamente formal o es brillo de la Luz que alumbraba a una comunidad. El gesto de un pueblo creyente adquiere de pronto una intensidad de belleza inefable, como es fácil captar en alguna de las celebraciones pascales o en las multitudes de cualquier lugar que reciben al Vicario de Cristo.

La Caridad es fuego que enrojece la vida quizás anodina de cualquier ministro. Es la manifestación de la misericordia de Cristo a través del gesto de la Iglesia en mil formas posibles de encuentro con el hermano necesitado. No hay dirección espiritual que no establezca un diálogo sincero sobre el uso del dinero y del tiempo, y sobre la

existencia real en cada comunidad del espíritu de amor y generosidad. Interesa muy poco la arquitectura de los templos y capillas, si existe este principio y fin de la acción del creyente, la caridad, fruto de la Eucaristía y de la Palabra. Caridad que se prueba en la capacidad de dar la vida por la comunidad y por la fe.

Semejante dirección espiritual provoca una experiencia interior que a su vez se transmite a otros discípulos. Resulta un acontecimiento del Espíritu, que anticipa el gozo del encuentro definitivo con la Belleza suprema. Es menester prepararse bien para este ministerio y fomentar las súplicas por este carisma en la Iglesia. Es un modo concreto de evitar el "reduccionismo" de la Evangelización a sus aspectos meramente humanos e intraterrenos.

### 5. La sabiduría espiritual

La dirección espiritual renovada por el acercamiento al Corazón de Jesús debe inscribirse en el ámbito de la sabiduría espiritual, de la cual dice san Pablo: "hablamos con palabras no aprendidas de la sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales... Poseemos el pensamiento de Cristo" (1 Co 2:13 y 16). Un poco antes él mismo había expresado: "Mi palabra y mi predicación nada tuvieron de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder, para que vuestra fe se fundase no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios" (1 Co 2:4-5). Se trata, pues, de una sabiduría que posee "el pensamiento de Cristo" que es casi lo mismo que decir que ha llegado a comprender la intimidad del Corazón de Cristo. Pablo no desprecia la sabiduría humana. Lo que intenta decir, es que los creyentes por el Espíritu Santo alcanzamos una verdadera sabiduría que más que en palabras eruditas, usa el lenguaje del amor fiel hasta la muerte. San Francisco de Asís, santa Rosa de Lima, santa Rafaela, son los sabios que nos enseñan con sus vidas que en el hacerse pequeños por amor se encuentra la sabiduría del Espíritu.

La devoción al Corazón de Jesús en los tiempos modernos ha recalcado siempre la promesa de salvación para los que se dejan conducir por ese Corazón. En este mundo continuamente sometido a la tentación de arrinconar el corazón, de amordazarlo o de aniquilarlo, cada sacerdote puede, por su identificación al Corazón de Jesús y a su hermosura, hacer una experiencia salvífica para sí y para la Iglesia.

Nuestra tarea es un "ministerio" (servicio). No somos administradores en el sentido que se da hoy a esta palabra. Y para no reducirse a eso, cada ministro tiene necesidad de dejarse guiar en el camino de la experiencia de la belleza del Corazón de Jesús, que se define principalmente por su amor y su perdón. Hay que experimentar en sí mismo ese amor, no como si la experiencia fuese opuesta a la inteligencia, sino como un conocimiento que ha penetrado el fondo de la realidad. "Mística" se la podría denominar, cuando se hace experiencia personal del Corazón de Jesús.

Así encontramos una nueva medida para las cosas. Porque el sentido de las cosas y del mundo, el sentido del hombre no proviene de algunos convencionalismos

frutos del capricho de hombres en cada época, sino proviene de un orden y una hermosura que Dios mismo ha querido otorgar a la creación. ¡Qué camino tan fácil es éste de negar la hermosura del orden creador, para terminar negando al mismo Creador!

La tarea de la dirección espiritual es entregar o adquirir el sentido de la hermosura de Dios por el conocimiento del Corazón de Jesús. Ese sentido nos devuelve el optimismo católico frente al pesimismo calvinista, nos devuelve el buen humor y la alegría frente a tanta vulgaridad y grosería (Cfr. *Ef* 5:4). Así dice San Pablo: "*El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud y el que ejerce la misericordia, con jovialidad*" (*Rm* 12:8). y También: "*Dios ama al que da con alegría*" (*2 Co* 9:7).

## CONCLUSION

Nadie pondrá en duda que el Bautismo y la Eucaristía, los dos sacramentos que brotan del costado abierto de Cristo en la Cruz, son los sacramentos de *la unidad*. Son incontables los testimonios de los Padres, los escritores eclesiásticos y los teólogos de todos los tiempos sobre esto. Pero es más difícil, por no decir raro, encontrar testimonios de que tanto el Bautismo y la Confirmación como la Penitencia y la Eucaristía son los sacramentos que dan origen a la belleza del Cuerpo de Cristo. Hemos querido demostrar cómo la hermosura del cristiano viene primariamente de esos sacramentos que lo identifican a la hermosura del Corazón de Jesús, y cómo la dirección espiritual es un medio poderoso para comprender las exigencias de esos sacramentos y el modo de vivirlos para que surja en cada cual aquella hermosura cristiana.

Mi intención era contribuir a desbloquear el camino de la formación sacerdotal y de la vida de los actuales presbíteros tratando de demostrar que la constante referencia al término "compromiso" (entiéndase "el compromiso con el proceso de acción por la justicia social") no es la medida de todo en la Iglesia Católica. Esta idea de "compromiso" cuestionó con una autosuficiencia soberbia a la tradición de la Iglesia y se puso incondicionalmente al servicio de la sociología o el análisis marxista con una ingenuidad lamentable. Ya hemos tenido en los últimos cincuenta años una serie de vocablos que han querido ser la medida de todo y que han debido inclinarse humildemente ante la vida múltiple y no encasillada de la Iglesia: "conquista", "presencia", "comunidad", "testimonio", y ahora "compromiso". Algunas merecen rescatarse y forman parte del patrimonio de la evangelización.

Lo cierto es que las palabras "compromiso" e "inserción" han provocado como un bloqueo interior y exterior para referirse a temas fundamentales del catolicismo, de modo que se ha creado como un tabú nuevo hacia determinados temas a los cuales se ha despreciado o desprestigiado.

La dirección espiritual, que he querido ubicar en el contexto del camino de hermosura espiritual que realizan los sacramentos de Penitencia y Eucaristía en el

corazón de la Iglesia y los cristianos, ha sido uno de esos temas marginados voluntariamente a partir de una confusión entre dirección y manejo o manipulación de la libertad.

La dirección espiritual es un ministerio complementario del sacramento de la confesión. Pertenece a su órbita tanto para los fieles como para los ministros. En especial, éstos deberían prepararse cuidadosamente para hacerse capaces de orientar también a los participantes del orden sagrado. Esa preparación, como resulta aquí evidente, se hace por la propia práctica de la confesión sacramental, por la celebración fructuosa de la Eucaristía, y por la humilde sumisión a otro director espiritual.

La condición de la dirección espiritual auténtica es, primariamente, esta: respetar profundamente la hermosura interior de una libertad humana orientada hacia el bien. Tal ha sido y es el ejemplo de los santos.

El fomento de la dirección espiritual, unida a la confesión frecuente de sacerdotes y seminaristas, permitirá previsiblemente la superación de la crisis de formadores de seminarios. Con esa frase "crisis de formadores de seminarios" sólo se oculta la carencia de sacerdotes capaces de orientar en la vida según el Espíritu Santo. Esa dirección espiritual es uno de los medios eficaces que usa la Iglesia para que todos en ella vivamos "santos e inmaculados" (Ef 1:4) a imitación del Corazón de Jesús. Por la gracia de los Sacramentos y, de modo extensivo, por la dirección espiritual recibimos esa Luz interior que necesitamos para configurar nuestro corazón al de Cristo. Por eso dice san Pablo: *"Vosotros antes fuisteis tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor. Portaos como hijos de la Luz, pues el fruto de la Luz es bondad, santidad y verdad. Procurad hacer lo que agrada al Señor. No toméis parte en las obras inútiles que hacen los que son de la oscuridad; más bien sacadlas a la Luz. Pues hasta vergüenza da hablar de lo que ellos hacen ocultamente; pero cuando todas las cosas son puestas al descubierto por la Luz, quedan en claro, porque la Luz lo descubre todo. Por eso se dice:*

*"Despiértate, tú que duermes;  
levántate de entre los muertos  
y Cristo te iluminará". (Ef 5:8-14).*

Concluyo con una referencia al título de este estudio: "Que la Iglesia se haga Corazón". Significa ni más ni menos que sea santa e inmaculada por la configuración con la hermosura del Corazón de Cristo.

Profesor ordinario de la Facultad de Teología  
de la P. Universidad Católica Argentina.

Oswaldo D. SANTAGADA

Secretario del Departamento de Vocaciones y  
Ministerios del CFLAM.

A.A. 51086  
Bogotá (2)  
Colombia